

PALABRAS PRONUNCIADAS EN EL AEROPUERTO JOSÉ MARTÍ EN LA DESPEDIDA A S. S. JUAN PABLO II

La Habana, 25 de enero de 1998

Santo Padre: con cariño y emoción lo ha recibido el pueblo de La Habana, hace apenas unos días; con entusiasmo y en clima de oración, el pueblo de Cuba ha seguido, paso a paso, su peregrinar por nuestra isla: los jóvenes en Camagüey, las familias en Santa Clara, han escuchado una vez más de sus labios que lo que no se establece sólidamente en Dios se torna mudable y peligroso para el hombre; que el amor a Cristo es el mayor lazo de unión entre los miembros de la familia y los hijos de un mismo pueblo. Su venerada persona, Santo Padre, ha quedado unida para siempre a nuestra historia patria, al haber coronado en Santiago de Cuba como Reina amorosa de la nación cubana a la Virgen Santísima de la Caridad de El Cobre. Inolvidables serán para cuantos participaron en la Eucaristía de la Plaza de la Revolución en La Habana sus palabras llenas de esa sabiduría que es don del Espíritu y que permanecerán junto con sus mensajes al mundo de la cultura, a los sacerdotes y otras personas consagradas, y a todos los que sufren, como un legado precioso, en el cual debemos reflexionar seriamente para que la vida de todos y cada uno de los cubanos se transforme y pueda así transformarse toda la sociedad.

Esperábamos su visita, Santidad, como la de un mensajero de verdad y esperanza. Al despedirlo puedo asegurarle que todo nuestro pueblo se ha acercado más al fulgor de la verdad y ve abrirse ante sí caminos insospechados de esperanza.

Con nostalgia le decimos adiós, pero un gozo inmenso llena al mismo tiempo nuestros corazones porque, es cierto, Santo Padre, que te vas, pero es también verdad que dejas entre nosotros algo nuevo, no experimentado nunca antes por quienes vivimos en nuestra hermosa tierra: desde nuestra pobreza y a pesar de nuestros pecados, no creo mentir si digo que has puesto en nuestros corazones un gran deseo de ser buenos.

Gracias, querido Padre y Pastor, la porción del inmenso rebaño que Cristo te confió y que vive en Cuba, siguiendo una tradición de nuestro pueblo, nunca dice adiós, porque encuentra esa palabra demasiado rotunda.

En cubano te decimos hasta luego, hasta pronto, como cristianos o como hacen los hijos con su padre, te pedimos tu bendición.